

Lola Flores

17 octubre 1982

Umbrá, hijo, que tenía yo ganas de verte, que tenemos que hablá de muchas cosa, Umbrá, ahora sí que te comprendo, hijo, cómo te comprendo, estás hecho tú un hombre mu guapo y mu interesante y mu inteligente y no paras tú de trabajá, lo cual que quería yo decirte unas cosa, no sé, vamos, a vé qué te parece a ti, fijate, hablando de todo, que **don Manué Fraga** me ofrece un millón por bailá aquí en Madrí, en un mitin suyo, pero le he dicho que no, que yo soy artista y me debo ar pueblo español en generá, que todos me quieren y me adoran y lo mismo bailo yo con **Franco** que con **Felipe**, un muchacho mu majo ese Felipe, ¿no te parece a ti, eh, Umbrá?, otros partido también me han llamado, me han ofrecido dinero, pero yo no bailo para nadie, na más que pa mi público, ya tú ves, que a él me debo y nadie me va a dar ná, na más que él, Umbrá. (Está guapa esta tarde **Lola Flores**, tarde prima, bata verde, terraza con sol donde otras

veces la he visitado, está más guapa así, sin pintar y con el pelo tirante: “A mí, Lola, es que con el pelo suelto y tan pintada, en el escenario, me das miedo, ahora tienes el erotismo de la mujer madura de su casa, como **Laura Antonelli** y todo eso”, y se sube y se baja la cremallera de la bata, discretamente, corrio una adolescente de su hondo y cristiano Sur).

Todas las noches bailo, seis semanas, y me lo dejo tó, no sabes cómo sudo, y el pelo, qué suciedá, que ahora me iba ir a la peluquería, pero me dijeron, dice, que viene Umbrá y ésos, pues les voy a es perá, ya iré yo a la peluquería, mira cómo lo tengo de sucio, yo es que me doy mucho todas las noches, a ver si vas a verme bailá, y lo inteligente que tú eres, hijo, hora y media actuando, ya verás, y hasta les recito, a veces, el Tanguillo de Cádiz, o sea lo de **José Carlos de Luna**, barquito de vela, ¿me quieres llevá?, no, hijo, que llevo un alijo para Gibrartá, yo es que tengo una fuerza que me sale por los nervio, una vitalidá, se sacaron aquello que quería ser marquesa, ahora tendría que hacerme: marquesa **Carrillo** y yo tendría que sacá una foto er Caudillo y pedirle perdón, hay que está con lo moderno de ahora, o sea lo actuá, que yo en esta vida he tenido que ser hombre y mujé, hacerlo tó, ganar el dinero de la casa, un millón me ofresía Fraga, ya te digo.

(Y entra el hijo, ese hijo entre gitano y pasota, y entra la hija, una de las hijas, y luego besamos a la otra, todas morenillas y como tristes, dudando entra la new wave rubia y su morenez sin remedio, y estamos entre discos de oro, de plata y olés)

Er chico me va ahora a la mili, yo creo que le vendrá bien pa dejá de fumá, er chico es pacifista, ya tú vé, yo

ganando pa tós, un día me tendré que retirá, pero ésa va a ser soná, Umbrá, lo vas tú avé, aunque me debo ar público, a mi público, cuando vi a **Pastora Imperio de pequeña**, ay Pastora, aquella cosa que hasía, con la peineteta, el abanico y la mantilla, tó a vé, eso lo tengo yo que hasé, me decía yo, y luego **Caracó**, lo criticaban a Caracó, él me hablaba de **Manuel Torres**, él sabía todo del cante, ay Caracó. (Está guapa la Lola, está muy guapa, y por la enorme: casa entredorada andan como tribus trashuman-tes de gitanos, que veo un grupo en el comedor, otro en un salón, como en torno a la hoguera de sol, y el **Pescaílla** fumando serio con una bata/pijama, en un rincón, junto a una paralítica)

Gracias, Umbrá, por las cosa que me dices, yo nunca me voy hasé la cirugía, soy la que soy, tú me hablas de la cara, te diré que de lo demás yo nunca he estado má, y me debo a mi público, de Fraga ná de ná, ni de nadie, a vé ese muchachito, ese Felipe, que me cae a mí bien y disen que va ganá, vente a verme a la noche, lo doy tó.

Los jóvenes

19 noviembre 1993

Dijo Disraeli, y lo recoge este periódico, que los jóvenes de una nación son los depositarios de la posteridad. A mí me parece que sobra lo de nación. Los jóvenes son el futuro y ya está. El futuro se ha plantado tal que ayer en la calle, en toda España, hasta dos millones de futuro, contra el caos y la injusticia de la Universidad, otro ministerio, el de Educación, que el titular -¿cómo se llama el titular?- está llevando fatal. Los jóvenes, que no tienen un duro, tienen nada menos que el tiempo, la posteridad, son la justicia de los siglos, el veredicto de lo porvenir, y por eso cuando nos cruzamos con un joven por la calle, bajamos la vista: ¿qué pensará éste de mí? Las academias, los tronos, los honores, las glorias, todo el reino convencional de los adultos, políticos, escritores, intelectuales, hombres públicos, no es sino una defensa improvisada y antigua contra el veredicto de los jóvenes. Ay del político a quien apedrean los chicos.

Ay del escritor o académico a quien no leen los jóvenes (y las «jóvenes» de Carmen Romero). Ay del creador o legislador que no es todavía, que no es ya el joven incendiario que fue, el adolescente rimbaudiano dispuesto a cambiar el mundo, cambiar la vida. Ya César, en Roma, se guardaba de «los jóvenes pálidos que saben latín». Los jóvenes no son la ruta del bakalao. Los jóvenes son hoy la Universidad en pie de guerra. A Felipe González se le murió hace mucho, por dentro, aquel adolescente que digo, aquel Rimbaud que somos todos a los diecisiete años. A Emma Cohen, tan niña y tan adulta, se lo decía yo el otro día: - La mujer a quien se le muere la niña que fue, se transforma en esa cosa horrible que Paco Nieva llama «una señora». A Felipe se le ha muerto la niña, el niño, y es ya una señora. Nada le queda de su política joven, de su adolescencia provinciana y poética. Aquellos ojos suyos, sevillanos, de 1982. Alfonso Guerra, de catadura atroz, deliberada, es niño malo en la medida en que sigue creyendo en el que fue, creyendo en lo que creía, utopizando, que utopizar no es hacer planes quinquenales soviéticos, como piensa la derecha, sino vivirse como si no se hubiera vivido, conservar la peligrosa gracia del riesgo, vivir peligrosamente, y así vive Guerra, al menos a nivel oral, que es lo que le dejan. Por todo esto y más estoy yo en un periódico joven, por ver de que me lean los jóvenes, que uno aprende sobre todo de quienes lo leen. Hay el escritor que crea sus lectores, y otros lectores, amarracos y piparros, con varios quinquenios, que no hay un dios que les meta el diente ideológico. «¿Por qué se obstina usted en correr tras de su propia juventud?», le preguntaron a André Gide. «Y no sólo detrás de la mía», dijo. A Sartre, en el 68 de

París, le ironizaron el ponerse delante de los jóvenes por aparentar que los jóvenes le seguían. Y ya no le seguían. El político o el escritor con sentido de futuro, busca instintivamente la aceptación de los jóvenes. A los otros les basta con la aceptación de los académicos y de los jubilados. El presidente acaba de perder la partida del porvenir contra la juventud universitaria (la juventud proletaria la tiene perdida hace mucho). Estamos en la democracia del subsidio, pero las mocedades, muy lejos de eso, se levantan pidiendo al Gobierno todo y nada. O sea, imaginación.